

da tanto más que gozar de ella, que si Tú, Omnipotente Señor, con las infinitas fuerzas que tienes, no gozases de Ti mismo, quedaría el deleite que hay en Ti quejoso, por no haber quien goce de él cuanto hay que gozar.

Y conociendo Tú, Señor sapientísimo, como Criador nuestro, que nuestra inclinación es a tener descanso y deleite, y que un ánima no puede estar mucho tiempo sin buscar consolación, buena o mala, nos convidas con los santos deleites que en Ti hay, para que no nos perdamos por buscar malos deleites en las criaturas. Voz tuya es, Señor (*Mt.*, 11, 28): *Venid a Mi todos los que trabajáis y estáis cargados, que Yo ós recrearé.* Y Tú mandaste pregonar en tu nombre (*Isa.*, 55): *Todos los sedientos venid a las aguas.* Y nos hiciste saber que *hay deleites en tu mano derecha que duran hasta la fin* (*Ps.* 15, 11). Y que *con el rio de tu deleite, no con medida ni tasa, has de dar a beber a los tuyos en tu reino* (*Ps.* 35, 9). Y algunas veces das a gustar acá algo de ello a tus amigos, a los cuales dices (*Cant.*, 5, 1): *Comed, y bebed, y embriagaos, mis muy amados.* Todo esto, Señor, con deseo de traer a Ti con deleite a los que conoces ser tan amigos de él. No ponga, pues, nadie, Señor, en Ti tacha que te falte bondad para ser amado ni deleite para ser gozado; ni vaya a buscar conversación agradable ni deleitable fuera de Ti, pues el galardón que has de dar a los tuyos es decirles (*Mt.*, 25, 22): *Entra en el gozo de tu Señor.* Porque de lo mismo que tú comes y bebes, comerán ellos y beberán; y de lo mismo de que tú te gozas, ellos se gozarán. Porque convidados los tienes que *coman sobre tu mesa en el reino de tu Padre* (*Lc.*, 22, 30).

¿Qué dirás a estas cosas, hombre carnal? Y tan engañado, que llega tu engaño a que los sucios deleites que hay en la carne, de que gozan, y con mayor abundancia, los viles y malos hombres, y aun las bestias del campo, tienes en más que la soberana dulcedumbre que hay en Dios, de la cual gozan Santos y Angeles y el mismo Dios Criador de ellos. Cosa es de bestias lo que tú precias y amas; y tus pasiones bestias son; y tantas veces pones al Altísimo Dios debajo los pies de tus vilísimas bestias, cuantas veces le ofendes por tus deleites carnales.

Huíd, doncella, de cosa tan mala, y subíos al monte de la oración, y suplicad al Señor os dé algún gusto de Sí, para que esforzada vuestra ánima con la suavidad de Él, despreciéis los lodosos placeres que hay en la carne. Y habreis entouces compasión entrañable de la gente que anda perdida por la bajeza de los valles de vida bestial; y espantada diréis: ¡Oh hombres, y qué perdéis, y por qué! ¡Al dulcísimo Dios, por la vilísima carne! ¿Y qué pena merece tan falso peso v medidas, sino eterno tormento? Y cierto les será dado.

CAPITULO 10

De muchos otros medios que debemos usar cuando este cruel enemigo nos acometiere con los primeros golpes.

Los avisos que para remedio de esta enfermedad habéis oído son cosas que ordinariamente habéis de usar, aunque sea fuera del tiempo de la tentación.

Ahora oíd lo que habéis de hacer cuando os acometiere y os diere el primer golpe. Señalad luego la frente o el corazón con la señal de la cruz, llamando con devoción el santo nombre de Jesucristo, y decid: ¡No vendo yo a Dios tan barato! ¡Señor, más valéis Vos, y más quiero a Vos!

Y si con esto no se quita, abajad al infierno con el pensamiento, y mirad aquel fuego vivo cuán terriblemente quema, y hace dar voces y aullar y blasfemar a los miserables que ardieron acá con fuegos de deshonestidad, ejecutándose en ellos la sentencia de Dios, que dice (Apoc., 18, 7): *Cuanto se glorifico en los deleites, tanto le dad de tormento y lloro.* Y espantaos de tan grave castigo—aunque justísimo—, que deleite de un momento se castigue con eternos tormentos; y decid entre vos lo que San Gregorio dice: «Momentáneo es lo que deleita, y eterno lo que atormenta.»

Y si esto no os aprovecha, subíos al cielo con el pensamiento, y representeseos aquella limpieza de castidad que en aquella bienaventurada ciudad hay; y cómo *no puede entrar allí bestia ninguna*, quiero

decir, hombre bestial, y estaos un rato allá, hasta que sintáis alguna espiritual fuerza con que aborrecáis vos aquí lo que allí se aborrece por Dios.

También aprovecha dar con el cuerpo en la sepultura, según vuestro pensamiento, y mirar muy despacio cuán hediondos y cuáles están allí los cuerpos de hombres y mujeres.

También aprovecha ir luego a Jesucristo puesto en la cruz, y especialmente atado a la columna y azotado, y bañado en sangre de pies a cabeza, y decirle con entrañable gemido: Vuestro virginal y divino cuerpo, Señor, tan atormentado y lleno de graves dolores, ¿y yo quiero deleites para el mío, digno de todo castigo? Pues Vos pagáis con azotes, tan llenos de crueldad, los deleites que los hombres contra vuestra ley toman, no quiero yo tomar placer tan a costa vuestra, Señor.

También aprovecha representar súbitamente delante de vos a la limpiísima Virgen María, considerando la limpieza de su corazón y entereza de cuerpo, y aborrecer luego aquella deshonestidad que os vino, como tinieblas que se deshacen en presencia de la luz.

Mas si sabéis cerrar la puerta del entendimiento muy bien cerrada, como se suele hacer en el íntimo recogimiento de la oración, según adelante diremos, hallaréis con facilidad el socorro más a la mano que en todos los remedios pasados. Porque acaece muchas veces que, abriendo la puerta para el buen pensamiento, se suele entrar el malo; mas cerrándola a uno y a otro, es un volver las espaldas a los enemigos, y no abrirles la puerta hasta que ellos se hayan ido, y así se quedarán burlados.

También aprovecha tender los brazos en cruz, hincar las rodillas y herir los pechos. Y lo que más, o tanto como todo junto, es recibir con el debido aparejo el santo cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, el cual fué formado por el Espíritu Santo, y está muy lejos de toda impuridad. Es remedio admirable para los males que de nuestra carne concebida en pecados nos vienen. Y si bien supiésemos mirar la merced recibida en entrar Jesucristo en nosotros, nos tendríamos por relicarios preciosos, y huiríamos de toda suciedad, por honra de Aquel que en nosotros entró. ¿Con qué corazón puede uno injuriar su cuerpo habiendo sido honrado con juntarse con el santi-

simo cuerpo de Dios humanado? ¿Qué mayor obligación se me pudo echar? ¿Qué mayor motivo se me pudo dar para vivir en limpieza, que mirar con mis ojos, tocar con mis manos, recibir con mi boca, meter en mi pecho al purísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, dándome honra inefable para que no me abata a vileza, y atándome consigo, y dedicándome a Él por su entrada? ¿Cómo o con qué cuerpo ofenderé al Señor, pues en este que tengo ha entrado el Autor de la puridad? ¿He comido a Él, y con Él a una mesa, ¿y serle he traidor ahora, ni en toda mi vida? Así es razón que se estime esta merced, para que recibamos corona en nuestra flaqueza. Mas si mal lo recibimos, o mal de él usamos, sucede el efecto contrario, y se siente el tal hombre más poseído de la deshonestidad, que antes de haber comulgado.

Y si con todas estas consideraciones y remedios la carne bestial no se asesegare, debéisla tratar como a bestia, con buenos dolores, pues no entiende razones tan justas. Algunos sienten remedio con darse recios y largos pellizcos, acordándose del excesivo dolor que los clavos causaron a nuestro Señor Jesucristo; otros con azotarse fuertemente, acordándose de cómo el Señor fué azotado; otros con tender las manos en cruz, alzar los ojos al cielo, herirse el rostro, y con otras cosas semejantes a éstas, con que causan dolor a la carne; porque otro lenguaje en aquel tiempo ella no entiende. Y este modo leemos haber tenido los Santos pasados, uno de los cuales se desnudó y se revolcó por unas espinosas zarzas, y con el cuerpo lastimado y ensangrentado cesó la guerra que contra el ánima había. Otro se metió en tiempo de invierno en una laguna de agua muy fría, en la cual estuvo hasta que el cuerpo salió medio muerto, mas el ánima muy libre de todo peligro (1). Otro puso los

(1) Bien entendió el aviso la destinataria, doña Sancha Carrillo. Padecía terribles combates contra la castidad; y en cierta ocasión, no aprovechándole ningún otro remedio, movida de un impulso superior, «se arrojó desnuda en un tinajón de agua muy fría, que estaba en el patio de su cuarto: detúvose allí largo espacio: aseguró la entereza de su alma con gran menoscabo de su cuerpo». Muñoz. (Edic. Montaña, tomo 2, pág. 498.)

dedos de la mano en una lumbre, y con quemarse algunos de ellos cesó el fuego que atormentaba a su ánima. Y un mártir, atado de pies y manos, con el dolor de cortarse con sus propios dientes la lengua, salió vencedor de aquesta pelea. Y aunque algunas de estas cosas no se han de imitar, porque fueron hechas con particular instinto del Espíritu Santo, y no según ley ordinaria, mas debemos aprender de aquí que en el tiempo de la guerra, en que nos va la vida del ánima, no nos hemos de estar quedos ni flojos, esperando que nos den lanzadas nuestros enemigos, mas resurtir del pecado *como de la faz de la serpiente*, según dice la Escritura (*Eccli.*, 21, 2), y tomar cada uno el remedio con que mejor se hallare, y según su prudente confesor le encaminare.

CAPITULO 11

De algunas causas, allende de las dichas, por las cuales vienen algunos a perder la castidad, para que huyamos de ellas si no la queremos perder; y con qué medios nos debemos animar a ello.

Ningún cuidado ni trabajo que por la guarda de esta limpieza se ponga debe parecer demasiado, si sabe estimar el precio y mérito de ella y su galardón. Y pues que nuestro Señor os ha dado a entender el valor de esta joya, y os ha dado gracia para que la eligiédes y prometiédes, no será menester tanto deciros la excelencia de ella, quanto daros avisos de cómo no la perdáis; enseñándoos algunas causas más de las ya dichas por donde algunos la pierden, para que sabidas, las evitéis, porque no la perdáis, y vos seáis perdida con ella.

Piérdenla unos por tener recias inclinaciones naturales contra ella; y por no ser importunados, ni pasar guerra contra sí mismos tan cruel y durable, se dan maniatados a sus enemigos con miserable consejo, no entendiendo que el propósito del cristiano ha de ser morir o vencer, con la gracia de Aquel que ayuda a los que por su honra pelean.

Otros hay que aunque no son muy tentados, tienen una vileza y pequeñez natural de corazón, inclinada a cosas bajas. Y como ésta sea una de las más vi-

les y bajas, y que más a mano se les ofrece, encuentran luego con ella, y danse a ella como a cosa proporcionada con la bajeza y vileza de su corazón, que no se levanta a emprender aún vida de hombres regidos por razón natural; con la cual enseñado uno, dijo que en los deleites carnales no hay cosa digna de magnánimo corazón. Y otro dijo que la vida según los deleites carnales es vida de bestias. Porque no sólo la lumbre del cielo, mas aun la de la razón natural, condena a los que en esta vileza se ocupan como a gente que no vive según hombres, cuya vida ha de ser conforme a razón, mas según bestias, cuya vida es por apetito. Y si bien se mirase, podrían con mucha justicia quitar a estos tales el nombre de hombres, pues, teniendo figura de hombres, viven vida de bestias, y son verdadera deshonra de hombres. Y no sería cosa poco monstruosa, ni que diese pequeña admiración a los que la viesan, traer una bestia enfrenado a un hombre, llevándole adonde ella quisiese, rigiendo ella a quien la había de regir.

Y hay tantos de éstos, regidos por el freno de apetitos bestiales, bajos y altos, que no sé si por ser muchos, no hay quien eche de ver en ello. O, lo que más creo, es porque hay pocos que tengan lumbre para mirar qué miserable está una ánima muerta con deleites carnales, debajo de un cuerpo especialmente hermoso y de fresca edad. ¡Oh, a cuántas ánimas de éstos y de otros tiene abrasados este fuego infernal, y ni hay quien eche lágrimas de compasión sobre ellos, ni quien diga de corazón: *A Ti, Señor, daré voces, porque el fuego ha comido las cosas hermosas del desierto.* (Joel, 1, 19). Que, cierto, si hubiese viudas en Naim que amargamente llorasen a sus hijos muertos, usaría Cristo de su misericordia para los resucitar en el ánima, como lo usó con el hijo de la otra en el cuerpo, de quien el Evangelio (Lc., 7, 13) hace mención. No debe dormirse el que en la Iglesia tiene oficio de orar e interceder por el pueblo con afecto de madre, porque no castigue Dios al orador (1) y su pueblo, diciendo (Ezech., 22, 30): *Busqué entre ellos varón que se pusiese por*

(1) *Orador*: el que tiene oficio de orar. Este tema desarrolla el Maestro en su Plática 2.^a a Sacerdotes.

muro, y se pusiese contra Mi, porque no destruyese la tierra, y no lo hallé: y derramé sobre ellos mi enojo; en el fuego de mi ira los consumí.

Guardaos, pues, vos de tener corazón tan pequeño y envilecido, que os parezcan bien y os contenten estas vilezas. Y acordaos de lo que San Bernardo dice: «Que si bien consideráredes el cuerpo y lo que sale de él, es un muladar muy más vil que cualquiera que hayáis visto.» Despreciadlo de corazón con todos sus deleites, atavios y flor. y haced cuenta que ya está en la sepultura, convertido en una poca de tierra. Y cuando algún hombre o mujer viéredes, no miréis mucho su faz ni su cuerpo; y si lo miráredes, sea para haber asco de él; mas enderezad vuestros ojos interiores al ánima que está encerrada y escondida en el cuerpo, en las cuales no hay diferencia de hombre a mujer; y aquella ánima engrandeced, como cosa criada de Dios; cuyo valor de una sola es mayor que de todos los cuerpos criados y por criar.

Y así despedida de la bajeza de los cuerpos, buscad grandes bienes y emprended nobles empresas, y no menores que aposentar a Dios en vuestro cuerpo y vuestra ánima con entrañable limpieza de corazón. Miraos con estos ojos, pues dice San Pablo (1 Cor., 3, 16): *¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Y en otra parte (1 Cor., 6, 19) dice: ¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que en vosotros está, el cual Dios os lo ha dado, y que no sois vuestro? Y pues sois comprados por precio grande, honrad a Dios en vuestro cuerpo.* Considerad, pues, que cuando recibisteis el santo Bautismo fuisteis hecha templo de Dios, y consagrada vuestra ánima a Él por su gracia, y vuestro cuerpo, por ser tocado con el agua santa; y de ánima y de cuerpo se sirve el Espíritu Santo, como un señor de toda su casa, moviendo a buenas obras a ella y a él. Y por eso se dice que también *nuestros miembros son templo del Espíritu Santo.* Grande honra nos da Dios en querer morar en nosotros, y honrarnos con verdad y nombre de templo; y grande obligación nos echa para que seamos limpios, pues *a la casa de Dios conviene limpieza.* (Ps., 92.) Y si mirádes que fuisteis comprada, como dice San Pablo, *con pre-*

cio grande, que es con la vida de Dios humanado que por vos se dió, veréis cuánta razón es *honrar a Dios* y traerlo *en vuestro cuerpo*, sirviéndole con él, y no haciendo cosa en él que sea para deshonra de Dios y daño vuestro. Porque verdadera y justa sentencia es (1 Cor., 3, 17) que *quien ensuciare el templo de Dios lo ha de destruir Dios*; y que no ha de haber en su templo sino cosa de su honra y de su alabanza. Y acordaos de lo que dijo San Agustín: «Después que entendí que me había Dios redimido y comprado con su sangre preciosa, nunca más me quise vender.» Y añadid vos: Cuanto más por vilezas de carne.

Obra habéis comenzado de gran corazón, pues queréis tener en la carne corruptible incorrupción; y tener por vía de virtud lo que los Angeles tienen por naturaleza; y pretender particular corona en el cielo y ser compañera de las vírgenes, que *cantan el nuevo cantar, y acompañan al Cordero doquiera que va*. (Apoc., 14, 4.) Mirad vuestro título que de presente tenéis, que es ser esposa de Cristo, y el bien que esperáis en el cielo cuando vuestro Esposo os ponga en su tálamo allá; y amaréis tanto la limpieza de la virginidad, que de buena gana perdáis la vida por eila, como lo hicieron muchas vírgenes santas, que por no dejarlo de ser, pasaron martirio, y con grandeza de corazón: la cual procurad de tener, porque es muy necesaria para conservar el grande estado en que Dios os ha puesto.

CAPITULO 12

Que suele Dios castigar a los soberbios con permitir que pierdan la joya de la castidad, para humillarlos; y de cuánto conviene ser humildes para vencer a questo enemigo.

Otros ha habido que han perdido esta joya de la castidad por vía de castigarles Dios con justo juicio, en entregarlos, como dice San Pablo (Rom., 1, 24), *en los deseos deshonestos de su corazón* como en manos de crueles sayones, castigando en ellos unos pecados con otros pecados; no incitándolos él a pecar, porque del sumo Bien muy extraño es ser cau-

sa que nadie peque; mas apartando su socorro del hombre por pecados del mismo hombre, la cual es obra de justo Juez; y si justo, bueno. Y así dice la Escritura (*Prov.*, 23, 27): *Pozo hondo es la mala mujer, y pozo estrecho la mujer ajena; aquel caerá en él con quien Dios estuviere enojado* (*Prov.*, 22, 14). No se asegure, pues, nadie con que no da enojos a Dios cerca de la castidad, si los da en otras cosas, pues que suele dejar caer en lo que el hombre no caía ni quería, en castigo de caer en otras cosas que no debía.

Y aunque esto sea general en todos los pecados, pues por todos se enoja Dios, y por todos suele castigar, mas particularmente, como dice San Agustín, «suele castigar Dios la secreta soberbia con manifiesta lujuria». Y así se figura en Nabucodonosor, que en castigo de su soberbia, perdió su reino, y *fué alanzado de la conversación de los hombres, y le fué dado corazón de bestia, y conversó entre las bestias* (*Dan.*, 4, 22, 29, 30), no porque perdiese la naturaleza de hombre, sino porque le parecía a él que no lo era. Y así estuvo *hasta* que le dió Dios conocimiento y humildad con que *conociese* y confesase *que la alteza y reino es de Dios, y que lo da Él a quien quiere*. Cierto, así pasa, que el hombre que atribuye a la fortaleza de su brazo el edificio de la castidad, lo echa Dios de entre los suyos, y salido de tal compañía, que era como de Angeles, mora entre bestias, con corazón tan bestial como si no hubiera amado a Dios, ni sabido qué era castidad, ni hubiese infierno, ni gloria, ni razón, ni vergüenza, tanto que ellos mismos se espantan de lo que hacen, y les parece no tener juicio ni fuerzas de hombres, sino del todo rendidos a este vicio bestial, como bestias, hasta que la misericordia del Señor se adolece (1) de tanta miseria, y da a conocer al que de esta manera ha caído que por su soberbia cayó, y por medio de humildad se ha de levantar y cobrar. Y entonces confiesa que *el reino de la castidad, por el cual reinaba sobre su cuerpo, es dádiva de Dios, que por su gracia la da y por pecados del hombre la quita*.

Y este mal de soberbia es tan malo de conocer—y

(1) *Se adolece*: se compadece.

por eso mucho de temer—, que algunas veces lo tiene el hombre metido tan en lo secreto de su corazón que él mismo no lo entiende. Testigo es de esto San Pedro, y otros muchos, que estando agradados y confiados de sí, pensaban que lo estaban de Dios; el cual, con su infinita sabiduría, ve la enfermedad de ellos, y con su misericordia, junta con su justicia, los cura y sana, con darles a entender, aunque a costa suya, que estaban mal agradados y mal confiados de sí mismos, pues se ven tan miserablemente caídos. Y aunque la caída es costosa, no es tan peligrosa como el secreto mal de soberbia en que estaban; porque no le entendiendo, no le buscaran remedio, y así se perdieran; y entendiendo su mal con la caída, y humillados delante la misericordia de Dios, alcanzan remedio de Él para entrambos males. Y por esto dijo San Agustín que «castiga Dios la secreta soberbia con manifiesta lujuria», porque el segundo mal es manifiesto a quien lo comete, y por allí viene a entender el otro mal que secreto tenía.

Y habéis de saber que estos soberbios unas veces lo son para consigo solos, y otras, despreciando a los prójimos por verlos faltos en la virtud y especialmente en la castidad. Mas, ¡oh Señor, y cuán de verdad mirarás con ojos airados aqueste delito! ¡Y cuán desgraciadas te son las gracias que el fariseo te daba, diciendo (Lc., 18, 11): *No soy malo como los otros hombres, ni adúltero, ni robador, como lo es aquel arrendador que allí está.* No lo dejas, Señor, sin castigo; castígaslo, y muy reciamente, con dejar caer al que estaba en pie, en pena de su pecado, y levantas al caído por satisfacerle su agravio. Sentencia tuya es, y muy bien la guardas (Lc., 6, 37): *No queráis condenar, y no seréis condenados.* Y (Mt., 7, 2): *Con la misma medida que midiereis seréis medidos; y quien se ensalzare será abajado.* Y mandaste decir de tu parte al que desprecia a su prójimo (Isai., 33, 1): *¡Ay de ti que desprecias, porque serás despreciado!* ¡Oh, cuántos han visto mis ojos castigados con esta sentencia, que nunca habían entendido cuánto aborrece Dios aqueste pecado, hasta que se vieron caídos en lo que de otros juzgaron, y aun en cosas peores! «En tres cosas—dijo un viejo de los pasados—juzgué a mis prójimos, y en todas tres he caído.»

Agradezca a Dios el que es casto la merced que

le hace, y viva con temor y temblor por no caer él, y ayude a levantar al caído, compadeciéndose de él y no despreciándolo. Piense que él y el caído son de una masa, y que cayendo otro cae él cuanto es de su parte. Porque, como dice San Agustín: «No hay pecado que haga un hombre, que no lo haría otro hombre, si no lo rige el Hacedor del hombre.» Saque bien del mal ajeno, humillándose con ver al otro caer; saque bien del bien ajeno gozándose del bien del prójimo. No sea como ponzoñosa serpiente, que saque de todo mal; soberbia en las caídas ajenas y envidia en los bienes ajenos. No quedarán estos tales sin castigo de Dios; dejarles ha caer en lo que otros cayeron y no les dará el bien de que hubieron envidia.

CAPITULO 13

De otras dos peligrosas causas por las cuales suelen perder la castidad los que no las procuran evitar.

Entre las miserables caídas de castidad que en el mundo ha habido, no es razón que se ponga en olvido la del rey y profeta David; que por ser ella tan miserable, y la persona tan calificada, pone un escarmiento tan grande a quien la oye, que no hay quien deje de temer su propia flaqueza. La causa de aquesta caída dice San Basilio (1) que fué un liviano complacimento que David tomó en sí mismo, una vez que fue visitado de la mano de Dios con abundancia de mucha consolación, y se atrevió a decir: *Yo dije en mi abundancia: No seré ya mudado de este estado para siempre.* Mas ¡oh cuán al revés le salió! ¡y cómo después entendió lo que primero no entendía, que (Eccl., 7, 15) *en el día de los bienes que tenemos, nos hemos de acordar de los males en que podemos caer!* Y que se debe tomar la consolación divinal con peso de humildad, acompañada del santo temor de Dios, para que no pruebe lo que el mismo David luego dijo (Ps., 29, 8): *Quitaste tu faz de mí, y fui hecho conturbado.*

Otra causa de su caída nos da a entender la Es-

(1) Super Ps. 37.

critura divina, diciendo (2 Reg., 11, 1): *Que al tiempo que los reyes de Israel solían ir a las guerras contra los infieles, se quedó el rey David en su casa; y andándose paseando en un corredor, miró lo que le fué causa de adulterio y homicidio, y no de uno, más de muchos hombres; todo lo cual se evitara si él fuera a pelear las pelcas de Dios, según otros reyes lo acostumbraban, y él mismo lo había hecho otros años.*

Si vos os estáis paseando cuando están recogidos los siervos de Dios, y si estáis ociosa cuando ellos trabajan en buenas obras, y si derramáis vuestros ojos con soltura cuando ellos con los suyos lloran por sí y por los otros amargamente, y si al tiempo que ellos se levantan de noche a orar vos os estáis durmiendo y roncando, y perdéis, por lo que se os antoja, los buenos ejercicios que solíades tener, que con su fuerza y calor os tenían en pie, ¿cómo pensáis guardar la castidad estando descuidada y sin armas para la defender, y teniendo tantos enemigos que pelean contra ella, fuertes, cuidadosos y armados? No os engañéis, que si a vuestro deseo de ser casta no acompañan obras con que defendáis vuestra castidad, vuestro deseo saldrá en vano, y acaecerá ha a vos lo que a David, pues ni sois más privilegiada que él ni más fuerte ni santa.

Y para dar conclusión a esta materia de las causas por que se suele perder aquesta preciosa joya de la castidad, debéis saber que la causa por que Dios permitió que la carne se levantase contra la razón en nuestros primeros padres—que de allí lo heredamos nosotros—fué porque ellos se levantaron contra Dios, desobedeciendo su mandamiento. Castigóles en lo que pecaron; y fué, que pues ellos no obedecieron a su superior, no les obedeciese a ellos su inferior. Y así el desenfrenamiento de la carne, esclava y súbdita, contra su superior, que es la razón, castigo es de inobediencia de la razón contra Dios, su superior. Y, por tanto, guardaos mucho de desobedecer a vuestros superiores, porque no permita Dios que vuestro inferior, que es la carne, se levante contra vos, como permitió que Adad se levantase contra el rey Salomón, su señor (3 Reg., 11, 14), y os azote y persiga, y por vuestra flaqueza os derribe en lo profundo del pecado mortal.

Y si estas cosas ya dichas, que con los ojos del cuerpo habéis leído, las habéis bien sentido con lo interior del corazón, veréis cuánta razón hay para que miréis por vos y qué hay en vos. Y porque vos no bastáis a conoceros, debéis pedir lumbre a nuestro Señor para escudriñar los más secretos rincones de vuestro corazón, porque no haya en vos algo—que sepáis o que no sepáis—por lo cual se ponga a riesgo de perder por algún secreto juicio de Dios la joya de la castidad, que tanto os importa que esté bien guardada con el amparo divino.

CAPITULO 14

De cuánto se debe huir la vana confianza de alcanzar victoria contra este enemigo con sola industria y trabajo humano, y que debemos entender que es dádiva de Dios, a quien se debe pedir, poniendo por intercesores los Santos, y en particular a la Virgen nuestra Señora.

Todo lo dicho, y más que se pueda decir, suelen ser medios para alcanzar esta preciosa limpieza. Mas muchas veces acaece que, así como trayendo piedra y madera y todo lo necesario para edificar una casa, nunca se nos adereza el edificarla, así también acaece que haciendo todos estos remedios no alcancemos la castidad deseada. Antes hay muchos que, después de vivos deseos de ella y grandes trabajos pasados por ella, se ven miserablemente caídos o reciamente atormentados de su carne, y dicen con mucho dolor (Lc., 5, 5): *Trabajado hemos toda la noche y ninguna cosa hemos tomado.* Y paréceles que se cumple en ellos lo que dice el Sabio. (Eccl., 7, 24): *Cuanto más yo la buscaba, tanto más lejos huyó de mí.* Lo cual muchas veces suele venir de una secreta fiucia (1) que en sí mismos estos trabajadores soberbios tenían, pensando que la castidad era fruto que nacía de sus solos trabajos y no dádiva de la mano de Dios. Y por

(1) *Fiucia*: esperanza esforzada. Así lo explica el autor (cap. 29) y La Puente (*Guía espiritual*, Trat. 1.º, cap. 15), *esperanza muy fortificada*; y alega a Santo Tomás, según el cual la *fiucia* es fundamento de la magnanimidad.

no saber a quién se había de pedir, justamente se quedaban sin ella. Porque mayor daño les fuera tenerla y ser soberbios e ingratos a su Dador, que estar sin ella llorosos y humillados y perdonados por la penitencia. No es pequeña sabiduría saber cuya dádiva es la castidad; y no tiene poco camino andado para alcanzarla quien de verdad siente que no es fuerza de hombre, sino dádiva de nuestro Señor. La cual nos enseña el santo Evangelio (*Mt.*, 19, 11) diciendo: *No todos son capaces de esta palabra, mas aquellos a los cuales es dado por Dios.* Y aunque los remedios ya dichos para alcanzar este bien sean provechosos, y debemos ejercitar nuestras manos en ellos, ha de ser con condición que no pongamos nuestra fiducia en ellos; mas hagamos con devota oración lo que David hacía y nos aconseja, diciendo (*Ps.*, 120, 1): *Alcé mis ojos a los montes, [de] donde me vendrá socorro. Mi socorro es del Señor, que hizo el cielo y la tierra.*

Buen testigo será de esto el glorioso Jerónimo, que cuenta de sí que le ponían en tanto estrecho aquellos aprietos carnales, que no le libraban de ellos ayunos muy grandes, ni dormir en el suelo, ni largas vigiliass, ni estar su carne casi muerta. Y entonces, como hombre desamparado de todo socorro, y que en ningún remedio hallaba remedio, se echaba a los pies de Jesucristo nuestro Señor y los regaba con lágrimas y limpiaba con sus cabellos en su pensamiento devoto. Y aun alguna vez le acaecía dar voces a Cristo todo el día y la noche. Mas en fin era oído, y le daba Dios el deseo de su corazón, con tanta serenidad y espiritual consolación, que le parecía estar entre coros de Angeles. Así socorre Dios a los que le llaman con entera voluntad y están firmes en la guerra por Él hasta que Él envíe socorro.

Y no sólo debemos llamar a Dios que nos favorezca, mas también a sus Santos, significados por *los montes* que aquí dice David. Y principalmente, más que ninguno de ellos, debe ser llamada la límpisima Virgen María, importunándola con servicios y oraciones que nos alcance esta merced; las cuales Ella oye y recibe de muy buena gana, como verdadera amadora de lo que le pedimos. Especialmente he visto haber venido provechos notables por medio de esta Señora a personas molestadas de flaqueza de carne, por rezarle alguna cosa en memoria de la limpieza

con que fué concebida sin pecado, y de la limpieza virginal con que concibió al Hijo de Dios. A esta Señora, pues, tomad por particular Abogada para que os alcance y conserve con su oración esta limpieza. Y pensad que si hallamos en las mujeres de acá algunas tan amigas de honestidad, que amparan con todas sus fuerzas a quien quiere apartarse de la vileza de este vicio y caminar por la limpieza de la castidad, ¿cuánto más se debe esperar de esta limpiísima Virgen de vírgenes, que pondrá sus ojos y orejas en los servicios y oraciones del que quisiere guardar la castidad, que Ella tan de corazón ama?

No os falte, pues, deseo de haber este bien; no falte fiucia en Cristo, ni oración importuna, ni otros servicios como hemos dicho; que ni faltará en sus Santos cuidado ni amor para orar por vos, ni misericordia celestial para conceder este don, que Él solo lo da; y quiere que todo hombre a quien lo da así lo conozca y le dé gloria de ello, pues, según verdad, se le debe.

CAPITULO 15

Cómo el Señor reparte el don de la castidad, no igualmente a todos; porque a algunos lo da solamente en el ánimo, y de lo mucho que las tentaciones contra la castidad aprovechan, si se saben llevar.

Y es de mirar con atención que este don no lo da Dios por un igual a todos, mas diferentemente según a su santa voluntad place. Porque a unos da más de él y a otros menos. A algunos da castidad en el ánimo sola, que es un propósito firme y deliberado de no caer en este vicio por cosa que sea; mas con este propósito bueno tiene este tal en su ánimo imaginaciones feas, y en la parte sensitiva tentaciones penosas, que aunque no hagan consentir a la razón en el mal, afligenla y danle que hacer en defenderse de sus importunidades. Lo cual es semejable a Moisés y a su pueblo, que estando él en lo alto del monte en compañía de Dios, estaba el vulgo del pueblo adorando ídolos en lo bajo de él. Y quien en este estado está, debe hacer gracias a nuestro Señor por el bien que le ha dado en su ánimo, y sufrir con paciencia la poca obediencia que su parte sensitiva

le tiene. Porque así como aunque Eva comiera sola del árbol vedado, no se cometiera el pecado original si Adán, su varón, no consintiera y comiera, así mientras aquel propósito bueno de no consentir cosa mala estuviere vivo en lo más alto del ánima, no puede hacer la parte sensitiva, por mucho que coma, que haya pecado mortal, pues el varón no consiente con ella, antes le desplace y le reprende.

En lo cual debéis estar advertida, que no dejéis que las imaginaciones o movimientos se estén en vos sin las desechar; porque quien ve el peligro en que está con tener aquel fuego infernal dentro de sí y la serpiente en su seno—cuanto más si ha probado otras veces que de aquello le suele venir el consentimiento en la mala obra o en aquel mal deleite—y no lo desecha, júzgase la tal negligencia por pecado mortal, pues vió el peligro y lo amó, por no desechallo. Mas mientras hubiere propósito vivo de no consentir en mala obra ni en mal deleite, y resistir, aunque flacamente, cuando miráis el peligro en que estáis, pensad que no os dejó nuestro Señor caer en pecado mortal. Y porque en esto a duras penas se puede dar cierta sentencia sin información de quien lo padece, conviene informar de ello al docto confesor y tomar su consejo. Y si, con todo esto, se le hiciere de mal sufrir guerra tan continua dentro de sí, mire que con el trabajo de la tentación se purgan los pecados pasados y se anima el hombre más a servir a Dios viendo que le ha más menester; y conocemos nuestra flaqueza, por locos que seamos, viéndonos andar a tanto peligro y en los cuernos del toro, que a dejarnos Dios un poquito de su mano, caeríamos en la espantosa hondura del pecado mortal. Y hasta que esta flaqueza sea muy de raíz confesada y experimentada, no cesarán en ti las tentaciones de la carne, que son como tormentos y golpes que te hagan confesar cómo no mora en ti este bien, si de arriba no es concedido. Y si fueres fiel siervo de Dios, mientras más tu carne te combatiere, tanto más tú con tu ánima te esforzarás a guardar tu castidad, y las tentaciones serán como golpes que te ayudarán a arraigar más en ti la limpieza; y verás las maravillas de Dios, que así como por ocasión de nuestra maldad parece mayor su bondad, así por la flaqueza de nuestra carne, obra fortaleza en nuestra ánima, diciendo el espiri-

tu, NO, a lo que la carne le convidaba, y afirmándose de nuevo en el amor de la castidad, cuantas veces la carne le convidaba a perderla. Y así, por medio de un contrario tan molesto y vil, obra Dios el otro, que es la castidad, tan precioso y tan digno.

Y acuérdate que vale más buena guerra que mala paz; y que es mejor trabajar nosotros por no consentir, y dar en ello placer a nuestro Señor, que por tomar un poco de placer bestial, que en pasando deja doblado dolor, dar enojos a quien con todas nuestras fuerzas debemos amar y agradecer. Llámale con humildad y con fiucia, que no dejará de socorrer a quien por su honra pelea; que al fin Él hará que salgas con ganancia de aquesta pelea, y te contará este trabajo en semejanza de martirio. Pues como los mártires querían antes morir que negar la fe, así tú, padecer lo que padeces por no quebrar su santa voluntad. Y hacerte ha compañero en la gloria con ellos, pues lo eres acá en el trabajo. Y entretanto, consuélate con tener en ti mismo una prueba de que amas a Dios, pues por su amor no haces lo que tu carne apetece.

CAPITULO 16

De cómo el don de castidad es concedido a algunas personas, no sólo en el interior del ánima, mas también en la sensualidad; y esto por una de dos maneras.

A otros da Nuestro Señor este bien de la castidad más copiosamente; porque no sólo les da en el ánima este aborrecimiento de sus deleites, mas tienen tanta templanza en su parte sensitiva y carne, que gozan de grande paz, y casi no saben qué es tentación que les dé pena. Y esto suele ser en dos maneras: unos tienen paz y limpieza por natural compleción; otros por elección y merced de Dios.

Los que por compleción natural, no deben de engreírse mucho con la paz que sienten, ni despreciar a quien ven tentado. Porque no se mide la virtud de la castidad por tener esta paz, mas por tener propósito firme en el ánima de no ofender en este pecado a nuestro Señor. Y si uno, siendo tentado en su carne, tiene este propósito bueno en su ánima, con

mayor firmeza que el otro, que carece de aquestas guerras, más casto será éste combatido, que el otro con su paz. Ni tampoco deben estos bien acompletionados desmayarse diciendo: Poco hago, o gano, en ser casto; mas deben aprovecharse de su buena inclinación, eligiendo con el espíritu la castidad por agradar al Señor, a la cual su inclinación les convida. Y de esta manera servirán a Dios con lo superior de su ánima por la elección virtuosa, y con la parte sensitiva con su obediencia y buena inclinación.

Otros hay, que no por inclinación natural, mas por merced de nuestro Señor, son tan castos, que en su ánima sienten entrañable aborrecimiento a aquesta vileza; y en su parte sensitiva tanta obediencia, que no va arrastrando a lo que le manda la razón, mas obedece con deleite y presteza, teniendo en entrambas entrañable paz. Este excelente estado rastrearon los filósofos que dijeron que había algunos varones tan excelentes, que tenían sus ánimos tan purgados, que no sólo obraban el bien sin guerra de pasiones, mas aun que, de muy vencidas, las tenían olvidadas; y que no sólo las pasiones no los vencían, mas aun ni los acometían. Mas esto que los filósofos hablaban y no tenían, porque sin gracia no hay verdadera virtud, los buenos cristianos lo tienen; a los cuales Dios quiere conceder este don perfecto, no ganado por fuerza de ellos, más concedido por el fuerte y celestial Espíritu Santo suyo, el cual se da por Jesucristo nuestro Señor, a semejanza del mismo Señor, que tuvo en carne corruptible entereza de virginidad.

Este celestial Espíritu infunde perfecta castidad en los que a Él place. Y hace esto, que así como lo superior del ánima está con perfecta obediencia sujetísimo a Dios, y recibe de Él poderosas fuerzas y excellentísima lumbre, estando unido tan perfectamente con Él y tan regido por la voluntad de Él, que diga el Apóstol (1 Cor. 6, 17): *El que se llega a Dios, un espíritu es con Él*; así esta eficacia de Dios que infunde fuerza y pone disposición en la parte sensitiva, hace que, dejada la bestialidad y fiereza que de su naturaleza tiene, obedezca con deleite a la razón y se le dé muy sujeta. Y aunque en la naturaleza sean diversas, por ser una espiritual y otra sensual, mas allégase tanto la parte sensitiva a la razón, y toma

tan bien su freno, que anda domada y doméstica; y aunque no es *razón*, anda como *razonada*, no impidiendo, mas ayudando al espíritu, como fiel mujer a su marido. Y así como hay ánimas de algunos tan miserablemente dadas a su carne, que no se rigen por otro norte sino por el apetito de ella, y siendo de naturaleza espiritual, se abaten a la miserable sujeción de su cuerpo, tan transformados en su carne que se tornan *encarnizadas* (1), y parecen, en su voluntad y pensamientos, un puro pedazo de carne, así la sensualidad de estotros se junta tanto con la razón, que parece más razón que las mismas ánimas de los otros.

Difficultosa cosa de creer parece ésta; mas, en fin, es obra y dádiva de Dios, concedida por Jesucristo su único Hijo, especialmente en el tiempo de la Iglesia cristiana; del cual tiempo estaba profetizado (*Isa.*, 11, 6) que *habían de comer juntos lobo y cordero, oso y león*; porque las afecciones irracionales de la parte sensitiva, que como fieros animales querían tragar y maltratar el ánima, son pacificadas por el don de Jesucristo, y dejada su propia guerra, viven en paz, como dice Job (5, 23): *Las bestias de la tierra te serán pacíficas, y con las piedras de la región tendrás amistad*. Y entonces se cumple lo que es escrito en el Salmo (54, 14), que dice: *Tú, hombre unánime conmigo, y guía mía, y conocido mío, que comías conmigo los dulces manjares; anduvimos en la casa de Dios de un consentimiento*. Las cuales palabras dice el hombre interior a su exterior; teniéndole tan sujeto que le llama *de un ánima*, y tan conforme a su querer que dice que *comen entrambos dulces manjares, y andan en uno en la casa de Dios*, porque están tan amigos, que si el interior come castidad, u ora, o ayuna y vela, y otros santos ejercicios, hallando mucha dulcedumbre en ellos, también el hombre exterior hace estas obras, y le saben como dulce manjar.

Mas no entendáis por aquesto que venga uno en este destierro a tener tanta abundancia de paz, que no sienta algunas veces, en esto o en otras cosas, movimientos contra su razón; porque sacando a Cris-

(1) Así habla el autor en el Trat. 3.º del Santísimo Sacramento: «Cuando amas el dinero, está tu alma *endinagrada*; y cuando amas a la mala mujer, está *enmujerada, encarnizada*, etc...»

to nuestro Redentor y a su Madre sagrada, no fué a otros concedido este privilegio. Mas habéis de entender, que aunque haya estos movimientos en las personas a quien Dios concede este don, no son tales ni tantos que les den mucha pena; antes, sin ponerles en estrecho de mucha guerra, ni quitarles la verdadera paz, son ligeramente por ellos vencidos. Como si viésemos en una ciudad a dos muchachos reñir, y luego se apaciguasen, no diríamos que por aquella breve contienda faltaba paz en la ciudad, si la hubiese en los restantes del pueblo. Y pues este estado confesaban los filósofos; sin conocer las fuerzas del Espíritu Santo, no sea dificultoso al cristiano confesar esto, y desearlo a gloria de la redención de Cristo y de su poder, al cual no hay cosa imposible; de cuyo advenimiento estaba profetizado que había de haber en él *abundancia de paz* (Ps., 71, 3, 7). La cual llama Isaías (66, 12) ser *como río*. Y San Pablo (*Filip.*, 4, 7) dice ser *sobre todo sentido*.

Pues cuando la carne así estuviere obediente y templada, entonces estamos bien lejos de oír su lenguaje, y seguros de caer en la terrible maldición que echó Dios a Adán nuestro padre *porque oyó la voz de su mujer* (*Gen.*, 3, 17). Antes nosotros hacemos a ella que nos sirva y oiga nuestra voz; y como a pájaro encerrado en jaula, le enseñamos a hablar nuestro lenguaje, y ella lo aprende, pues con presteza nos obedece. De la cual larga obediencia que a la razón tiene, queda tan bien acostumbrada, que si algo pide, no son deleites, sino necesidad, y entonces bien la podemos oír, según Dios mandó a Abraham (*Gen.*, 21, 12) *que oyese la voz de su mujer Sara*, que era ya muy vieja, y su carne tan enflaquecida y mortificada que *no tenía las superfluidades de otras mujeres de menos edad* (*Ibid.*, 18, 11): y de esta tal carne algo más podemos fiar oyendo lo que nos dice. Aunque no debemos tanto creerla, que su dicho nos baste; mas debemos examinarla por la prudencia del espíritu, porque la que pensábamos estar muerta no se haga engañosamente mortecina, y tanto más peligrosamente nos derribe, cuando por más fiel la teníamos.

CAPITULO 17

En que se comienza a tratar de los lenguajes del demonio, y cuánto los debemos huir; y que uno de ellos es ensoberbecer a un hombre para le traer a grandes males y engaños; y de algunos medios para huir este lenguaje de la soberbia.

Los lenguajes del demonio son tantos cuantas son sus malicias, que son innumerables. Porque así como Cristo es fuente de todos los bienes, que se comunican a las ánimas de los que con obediencia se sujetan a Él, así el demonio es padre de pecados y tinieblas, que instigando y aconsejando a sus miserables ovejas, las induce a maldad y mentira, con que eternamente se pierdan. Y porque sus astucias son tantas que sólo el Espíritu del Señor basta para descubrirlas, hablaremos pocas palabras, remitiendo lo demás a Cristo, que es verdadero enseñador de las ánimas.

Por muchos nombres es llamado el demonio, para declarar los males que él tiene; mas entre todos hablemos de dos, que son ser llamado *dragón* y *león*. *Dragón*, dice San Agustín, porque secretamente pone asechanzas; *león*, porque abiertamente persigue.

El asechanza que tiene para engañar es aquésta: alzarnos con la vanidad y mentira, y después derribar con verdadera y miserable caída. Ensálzanos con pensamientos que nos inclinan a estimarnos en algo, haciéndonos caer en soberbia; y como él sepa por experiencia ser este mal tan grande, que bastó a hacer en sí mismo de ángel demonio, trabaja con todas sus fuerzas de hacernos participantes en él, porque también lo seamos en los tormentos que él tiene. Sabe él muy bien cuánto desagrada la soberbia a Dios, y cómo ella sola basta a hacer inútil todo lo demás que el hombre tuviere, por bueno que parezca. Y trabaja tanto por sembrar esta mala semilla en el ánima, que muchas veces dice verdades, y da buenos consejos y sentimientos devotos, solamente para inducir a soberbia, teniendo en muy poco lo que pierde en que uno haga algún bien, con que le pueda ganar todo entero, con el pecado de la soberbia, y con otros que tras él vienen. Porque así como un rey suele andar acompañado de gente, así la soberbia de otros peca-

dos. La Escritura dice (*Eccli.*, 10, 15): *Principio de todo mal es la soberbia, y quien la tuviere será lleno de maldiciones*: quiere decir, de pecados y de castigos.

De un solitario leemos, al cual el demonio apareció mucho tiempo en figura de Angel de Dios, y le decía muchas revelaciones, y hacía que cada noche relumbrase la celda, como si en ella hubiera lumbre de alguna vela o candel; después de todo lo cual lo persuadió que matase a su propio hijo, para que fuese igual en merecimientos al Patriarca Abraham. Lo cual el solitario engañado se aparejaba a hacer, si el hijo que lo sospechó no se fuera huyendo.

A otro apareció también en figura de Angel, y le dijo mucho tiempo muchas verdades para acreditarse con él; y después díjole una gran mentira contra la fe, la cual el otro engañado creyó.

También leemos de otro, que después de haber vivido cincuenta años con muy singular abstinencia, y con guarda de soledad más estrecha que cuantos estaban en aquel yermo, le hizo el demonio entender en figura de Angel que se echase en un hondísimo pozo, para que por experiencia probase que a quien tanto había servido a Dios como él, ni aquello ni otra cosa le podía empecer (1). Todo lo cual él creyó, y lo puso por obra; y siendo con mucho trabajo sacado medio muerto del pozo, y siendo amonestado por los santos viejos del yermo que se arrepintiese de aquello, porque había sido ilusión del demonio, no lo quiso creer ni hacer. Y lo que peor es, que aunque murió al tercer día, tenía tan metido el engaño en su corazón, que aun viéndose morir por causa de la caída, creyó todavía que había sido revelación de Angel de Dios.

¡Oh, cuánto conviene a los aprovechados en la virtud vivir en el santo recelo de sí, como gente, que aunque tengan conjeturas de que están bien con Dios, mas no certidumbre; ni saben si son dignos de amor o de aborrecimiento en el tiempo presente, y menos lo que será de ellos en el tiempo que les resta de vivir! Y especialmente se deben de guardar mucho de creerse a sí mismos, acordándose de aquella profunda sentencia de San Agustín: «La soberbia merece ser engañada.»

(1) *Empecer*: dañar.

Y, si como os he contado estos engaños pasados, os hubiese de contar los que han acaecido en tiempos presentes, ni se podrían escribir en pequeño libro, ni los podríades leer sin mucho cansancio. Por una parte es así, según lo podemos juzgar, que llueve Dios en los corazones de muchos aguas de misericordias particulares, con que no sólo hacen frutos exteriormente buenos, mas aun tienen con el Señor comunicacion interior, y tan familiar, que con dificultad podrá ser creído (2). Y por otra parte se tiene también experiencia, que trae el demonio, permitiéndolo Dios, particular diligencia en estos tiempos, para engañar con falsos sentimientos y falsas hablas, exteriores e interiores, y con falsa luz de entendimiento a los que son soberbios y amigos de su parecer, con título que es parecer de Dios; y aun también para ejercitar por diversas vías a los que con humildad y cautela sirven a Dios. Por lo cual en aquestos tiempos, en los cuales parece haberse soltado Satanás, como dice San Juan (*Apoc.*, 20, 3), conviene que haya diligencia doblada en los que sirven a Dios, para no creer facilmente estas cosas, y profunda humildad y santo temor, para que Dios no los deje engañar; y procurar luego de dar cuenta de lo que sienten y pasa en ellos a sus Prelados y mayores, que les pueden enseñar la verdad.

El Profeta dice (*Ps.*, 13, 3) que *debajo de la lengua de los malos hay ponzoña de víboras*; ¿cuánto mayor la habrá en el lenguaje del demonio, más malo que todos los malos? Y si él nos ensalzare de (3) los bienes que tenemos, humillémonos nosotros mirando los males que hacemos y que hicimos; los cuales fueron tantos, que si el Señor por su gran misericordia no nos fuera a la mano, y nos saliera al camino en que tan de corazón caminábamos, para quitarnos de él, como hizo a San Pablo, fuéramos creciendo en maldades como en edad, hasta que los infernales tormentos fueran pequeños para nuestro castigo. ¡Oh abismo de misericordia!, ¿y qué te movió a dar voces desde el cielo en nuestro corazón y decir (*Act.*, 9, 4): *¿Por qué me persigues con tu mala vida? Con las cuales nos derribaste de nues-*

(2) Véase la carta 158 a Santa Teresa de Jesús.

(3) *De*: por.

tra soberbia, y nos hiciste saludablemente temer y temblar, y que con dolor de haberte ofendido y deseo de agradarte te dijésemos: *Señor, ¿qué quieres que haga?* Y quieres Tú, Señor, que el remedio de nuestros males lo esperemos de Ti, mediante las medicinas de tu palabra y Sacramentos que tus ministros en tu Iglesia dispensan, y mandas que vayamos a ellos, como San Pablo a tu siervo Ananías. Así, que sabemos muy bien que *la perdición fué de nosotros, y el remedio fué tuyo* (Oseas, 13, 9). Y confesamos que tu infinita bondad te hizo llamar para Ti los que tan vueltas tenían las espaldas a Ti, y acordarte de los olvidados de Ti, haciendo mercedes a los que merecían tormentos, tomando por hijos a los que habían sido malos esclavos, y aposentando tu Real Persona en los que primero fueron hediondos, y establo de suciedades. Estos males que entonces hicimos, nuestros eran; y si otra cosa somos, por Dios y en Dios lo somos, como dice el Apóstol (Efes., 5, 8): *Erades algún tiempo tinieblas, mas ahora luz en el Señor.*

Conviene, pues, acordarnos del miserable estado en que por nuestra flaqueza nos metimos, si queremos estar seguros en el dichoso estado en que por su misericordia Dios nos ha puesto; creyendo muy de verdad que lo mismo haríamos que entonces hicimos, si la poderosa y piadosa mano de Dios de nos se apartase. Y si miramos a los muchos peligros a que estamos sujetos por nuestra flaqueza, no osaríamos del todo alegrarnos con el bien que de presente tenemos, por el temor de los pecados que podemos hacer. Y entenderemos cuán sano consejo es el de la Escritura (*Pr.*, 28, 14): *Bienaventurado el varón que siempre está temeroso.* Item (*Philip.*, 2): *Obrad vuestra salud con temblor y temor.* Y (*1 Cor.*, 10): *El que está en pie, mire no caiga.* Gemido ha de costar el pecado cometido para ser perdonado; y temor ha de costar el que está por hacer para que de él seamos librados; como se figura muy bien (*Gen.*, 33) en el temor que tuvo Jacob a Esaú, cuando de Mesopotamia venía, aunque Dios le había mandado venir.

Grande alegría mostraron los hijos de Israel, y devotos cantares hicieron a Dios, cuando tan gran maravilla hizo con ellos, que los pasó por el mar a pie enjuto (*Ex.*, 15); y pareciales, que pues en tan

gran peligro no habían peligrado, ninguna cosa había de ser bastante para los derribar ni impedir que alcanzasen la tierra por Dios prometida. Mas la experiencia salió de otra manera; porque después de aquel gran favor sucedieron tentaciones y pruebas; y fueron hallados flacos e impacientes en la prueba y pelea los que habían sido devotos y alegres después de la pasada del mar. Y porque no alcanzan la corona prometida por Dios sino los que son hallados fieles en las pruebas que les envía, éstos no la alcanzaron porque no lo fueron; mas en lugar de la vida prometida, fueron castigados con morir en el desierto.

¿Quién será, pues, tan desatinado que, ahora mire a la vida pasada, ahora a la que le resta de vivir, que ose alzar su cabeza a tomar alguna soberbia, pues en lo pasado ve que tan miserablemente cayó, y en lo por venir a tantos temores está sujeto? Y si bien conociere y sintiere la verdad de cómo todo lo bueno viene de Dios, verá que el tener dones de Dios no ha de ensalzar vanamente al que los tiene, mas abajarle más, como quien más agradecimiento y servicio debe. Y cuando piensa que «creciendo las mercedes, crece la cuenta que ha de dar de ellas», como San Gregorio dice (4), parécenle los bienes que tiene una carga pesada, que le hace gemir y ser más cuidadoso y humilde que antes.

Y porque es tanta nuestra liviandad, y tenemos tan metida en los huesos la secreta soberbia, que fuerzas humanas no bastan a limpiarnos del todo de este pecado, debemos pedir a Dios este don, suplicándole importunamente no nos permita caer en tan gran traición, que nosotros seamos (5) robadores de la honra que de todo lo bueno a Él es debida. Con el ayuno se sanan las pestilencias de la carne, y con la oración las del ánimo. Y por eso conviene al que esta pestilencia siente en su ánimo, orar con toda diligencia y continuación, y presentarse delante del acatamiento de Dios, suplicándole le abra los ojos para conocer la verdad de quién sea Dios y de quién sea él, para que ni atribuya a Dios algún mal, ni atribuya a sí algún bien. Y así estará lejos de oír

(4) Homil. 25, in Evang.

(5) Las edic. consultadas dicen *somos*.

el falso lenguaje del soberbio demonio, que con la propia estima lo querría engañar; mas oye la verdad de Dios, que dice (2 Cor., 10, 18) que la verdadera honra y estima de la criatura no consiste en sí misma, mas en recibir mercedes y ser estimada y amada de su Criador.

Y porque adelante se hablará más largo de esta materia cuando se hable del propio conocimiento (6), no os diré más ahora.

CAPITULO 18

De otro lazo contrario al pasado, que es la desesperación con que el demonio pretende vencer al hombre; y cómo nos habremos contra él.

Otra arte suele tener el demonio contraria a esta pasada; la cual es, no haciendo ensalzar el corazón, mas abajándolo y desmayándolo, hasta traerlo a desesperación; y esto hace trayendo a la memoria los pecados que el hombre ha hecho, y agravándolos cuanto puede, para que el tal hombre, espantado con ellos, caiga desmayado como debajo de carga pesada, y así se desespere. De esta manera hizo con Judas, que al hacer del (1) pecado quitóle delante la gravedad de él, y después trájole a la memoria cuán gran mal era haber vendido a su Maestro, y por tan poco precio, y para tal muerte; y así cególe los ojos con la grandeza del pecado, y dió con él en el lazo, y de allí en el infierno.

De manera que a unos ciega con las buenas obras, poniéndoselas delante y escondiéndoles sus males, y así los engaña con la soberbia; y a otros escondiéndoles que no se acuerden de la misericordia de Dios, y de los bienes que con su gracia hicieron, y tráeles a la memoria sus males, y así los derriba con desesperación.

Mas así como el remedio de lo primero fué, que riéndonos él vanamente alzar en el aire, así nos otros más a la tierra, considerando, no nuestras plumas de pavón, mas nuestros lodosos pies de pecados

(6) Cap. 57.

(1) Del: el.

que hemos hecho, o haríamos, si por Dios no fuese, así en estotro engaño es el remedio quitar los ojos de nuestros pecados, y ponerlos en la misericordia de Dios y en los bienes que por su gracia hemos hecho. Porque en el tiempo que nuestros pecados nos combaten con desesperación, muy bien hecho es acordarnos de los bienes que hemos hecho o hacemos, según tenemos ejemplo en Job (13, 18), y en el rey Ezequías (4 Reg., 20, 3). Y esto, no para poner confianza en nuestras buenas obras en cuanto son nuestras, porque no caigamos en un lazo huyendo de otro, mas para esperar en la misericordia de Dios, que pues Él nos hizo merced de que hiciésemos el bien con su gracia, Él nos lo galardonará, aun hasta el jarro de agua que por su amor dimos; y que, pues nos ha puesto en la carrera de su servicio, no nos dejará en la mitad de ella; pues *sus obras son acabadas* (Deut., 32, 4), como Él lo es; y más hizo en sacarnos de su enemistad, que en conservarnos en su amistad. Lo cual nos enseña San Pablo diciendo (Rom., 5, 10): *Si cuando éramos enemigos fuimos hechos amigos con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que somos hechos amigos, seremos salvos en la vida de Él.*

Cierto, pues su muerte fué poderosa para resucitar a los muertos, también lo será su vida para conservar en vida a los vivos. Si nos amó desamándole nosotros, no nos desamará, pues le amamos. De manera, que osemos decir lo que dice San Pablo (Philip., 1, 6): *Confío que Aquel que comenzó en nosotros el bien, lo acabará hasta el día de Jesucristo.*

Y si el demonio nos quisiere turbar con agravarnos los pecados que hemos hecho, miremos que ni él es la parte ofendida, ni es tampoco el juez que nos ha de juzgar. Dios es a quien ofendimos cuando pecamos, y Él es el que ha de juzgar a hombres y demonios. Y, por tanto, no nos turbe que el acusador acuse; mas consolémonos, que el que es parte y Juez, nos perdona y absuelve, mediante nuestra penitencia, y sus ministros y Sacramentos. Esto dice San Pablo así (Rom., 8): *Si Dios es por nos, ¿quién será contra nos? El cual a su propio Hijo no perdonó, mas por todos nosotros lo entregó. ¿Pues cómo es posible que dándonos a su Hijo, no nos haya dado con Él todas las cosas? ¿Quién acusará contra los escogidos de Dios? Dios es el que justifica; ¿quien ha-*

bra que condene? Todo esto dice San Pablo. Lo cual bien considerado, debe esforzar a nuestro corazón a esperar lo que falta, pues tales prendas de lo pasado tenemos.

Ni nos espanten nuestros pecados, pues el Eterno Padre castigó por ellos a su Unigénito Hijo, para que así viniese el perdón sobre quien merecía el castigo, si el tal hombre se dispusiere a lo recibir. Y pues Él nos perdona, ¿qué le aprovecha al demonio que dé voces pidiendo justicia? Ya una vez fué hecha justicia en la cruz de todos los pecados del mundo; la cual cayó sobre el inocente Cordero, Jesucristo nuestro Señor, para que todo culpado que quisiere llegarse a Él y gozar de su redención por la penitencia, sea perdonado. Pues ¿qué justicia sería castigar otra vez los pecados del penitente con infierno, pues ya una vez fueron suficientemente castigados en Jesucristo? Y digo castigar *con infierno*, porque hablo del penitente bautizado, que por vía del Sacramento de la Penitencia recibe perdón y la gracia perdida, conmutándosele ordinariamente la pena del infierno, que es eterna, en pena temporal, que en esta vida satisfaga con buenas obras, o en el purgatorio padeciendo las penas de allá. Mas no piense nadie que no quitarse toda la pena, sea por falta de la redención del Señor, cuya virtud esta y obra en los Sacramentos; porque *copiosa es*, como dice David (*Ps.*, 129, 7); mas es por falta del penitente, que no llevó disposición para más. Y tal dolor y vergüenza puede llevar, que de los pies del confesor se levante perdonado de toda la culpa y de toda la pena, como si recibiera el santo Bautismo, que todo esto quita a quien lo recibe aun con mediana disposición. Sepan todos que *el óleo* que nos dió nuestro grande Eliseo (*4 Reg.*, 4, 1-7), Jesucristo nuestro Señor, cuando nos dió su Pasión, que obra en sus Sacramentos riquísimos, es para poder *pagar* con él todas nuestras deudas, y *vivir* en vida de gracia, y después de gloria. Mas es menester que nosotros, como la otra *viuda*, llevemos *vasos* de buenas disposiciones, conforme a los cuales recibirá cada uno el efecto de su sagrada Pasión, que, en sí misma, bastantísima es, y aun sobrada.

CAPITULO 19

De lo mucho que nos dió el Eterno Padre en darnos a Jesucristo nuestro Señor; y cuánto lo deberíamos agradecer y aprovecharnos de esta merced, esforzándonos con ella para no admitir la desesperación con que el demonio suele combatirnos.

Mucha razón tiene Dios de quejarse, y sus pregoneros para reprender a los hombres, de que tan olvidados estén de esta merced, digna que por ella se diesen gracias a Dios de noche y de día. Porque, como dice San Juan (3, 16): *Así amó Dios al mundo, que dió a su Unigénito Hijo, para que todo hombre que creyere en Él y le amare, no perezca, mas tenga la vida eterna.* Y en esta merced están encerradas las otras, como menores en la mayor, y efectos en causa. Claro es que quien dió el sacrificio contra los pecados, perdón de pecados dió cuanto es de su parte; y quien el Señor dió, también dió el señorío; y, finalmente, quien dió su Hijo, y tal hijo *dado a nosotros, y nacido para nosotros* (1), no nos negará cosa que necesaria nos sea. Y quien no la tuviere, de sí mismo se queje, que de Dios no tiene razón. Que para dar a entender esto, no dijo San Pablo: *Quien el Hijo nos dió todas las cosas NOS DARÁ con Él*; mas dijo: *Todas las cosas NOS HA DADO con Él*; porque de parte de Dios todo está dado, perdón, y gracia y el cielo. ¡Oh hombres!, ¿por qué perdéis tal bien, y sois ingratos a tal Amador y a tal dádiva, y negligentes a aparejaros para recibirla? Cosa sería digna de reprehensión que un hombre anduviese muerto de hambre y desnudo, lleno de males; y habiéndole uno mandado en su testamento gran copia de bienes, con que podía pagar, y salir de sus males, y vivir en descanso, se quedase sin gozar de ellos por no ir dos o tres leguas de camino a entender en el tal testamento. La redención hecha está tan *copiosa*, que, aunque perdonar Dios las ofensas que contra Él hacen los hombres, sea dádiva sobre todo humano, sentido, mas la paga de la Pasión y muerte de Jesucristo nuestro

(1) Nobis datus, nobis natus. (*Hymno Pange, lingua.*)

Señor excede a la deuda del hombre en valor, mucho más que lo más alto del cielo y a lo más profundo del suelo. Como dice San Agustín: «Azotes debía el hombre culpado, y ser preso, y escarnecido y muerto; ¿pues no os parece que están bien pagados con azotes y tormentos y muerte de un hombre, no sólo justo, mas que es hombre y Dios?

Inefable merced es que adopte Dios por hijos los hijos de los hombres, gusanillos de la tierra. Mas para que no dudásemos de esta merced, pone San Juan (1, 14) otra mayor, diciendo: *La palabra de Dios es hecha carne*. Como quien dice: No dejéis de creer que los hombres nacen de Dios por espiritual adopción, mas tomad, en prendas de esta maravilla, otra mayor, que es el hijo de Dios ser hecho hombre, e hijo de una mujer.

También es cosa maravillosa que un hombrecillo terrenal esté en el cielo gozando de Dios, y acompañado de ángeles con honra inefable; mas mucho más fué estar Dios puesto en tormentos y menosprecios de cruz, y morir entre dos ladrones; con lo cual quedó la Justicia divina tan satisfecha, así por lo mucho que el Señor padeció, como principalmente por ser Dios el que padeció, que nos da perdón de lo pasado, y nos echa bendiciones con que nuestra esterilidad haga fruto de buena vida y digna del cielo; figurada en el hijo que fué dado a Sara (*Gen.*, 18, 10), vieja y estéril. Porque *el becerro cocido* en la casa de Abraham (*Gen.*, 18, 7), que es Jesucristo, crucificado en el pueblo que de Abraham venía, fué a Dios tan gustoso, que de airado se tornó manso y la maldición conmutó en bendición, pues recibió cosa que más le agradó, que todos los pecados del mundo le pueden desagradar.

Pues ¿por qué desesperas, hombre, teniendo por remedio y por paga a Dios humanado, cuyo merecimiento es infinito? Y muriendo, mató nuestros pecados, mucho mejor que muriendo Sansón murieron los filisteos (*Judi.*, 16, 30). Y aunque tantos hubiésedes hecho tú como el mismo demonio que te trae a desesperación, debes esforzarte en Cristo, *Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo* (*Jn.*, 1, 29); del cual estaba profetizado que *había de arrojar todos nuestros pecados en el profundo del mar* (*Mich.*, 7, 19), y que *había de ser unguido el Santo de los san-*

tos, y tener fin el pecado, y haber sempiterna justicia (Dan., 9, 24). Pues si los pecados están ahogados, quitados y muertos, ¿qué es la causa por que enemigos tan flacos y vencidos e vencen, y te hacen desesperar?

CAPITULO 20

De algunas cosas que suele traer el demonio contra el remedio ya dicho para desmayarnos; y cómo no por eso debemos perder el ánimo, antes animarnos más, mirando la infinita misericordia del Señor.

Mas ya oigo, hombre, lo que tu flaqueza responde a lo dicho. Que ¿qué te aprovecha a ti que Cristo haya muerto por tus pecados, si el perdón no se aplica a ti? Y que, con haber muerto Cristo por todos los hombres están muchos en el infierno, no por falta de su redención, que es copiosa (Ps., 129, 7), mas por no aparejarse los hombres a la recibir; y por esta parte es tu desesperación.

A lo cual digo, que aunque dices verdad, no te aprovechas bien de ella. San Bernardo dice, que para tener uno testimonio de buena conciencia, que le dé alegría de buena esperanza, no basta creer en general que por la muerte de Cristo se perdonan los pecados, mas es menester confiar y tener conjeturas que se aplica el perdón al tal hombre en particular, mediante las disposiciones que la Iglesia enseña; pues que con creer lo primero puede desesperar, mas no con tener lo segundo; porque esperando, no puede desesperar. Mas debes mirar que es mucha razón que, viendo tú las entrañas del celestial Padre abiertas para dar a su Hijo, como lo dió, y viendo tal costa hecha y el Cordero divino ya muerto para que tú comas de Él y no mueras, debes desechar de ti toda pusilanimidad y pereza, y procurar de aprovecharte de la redención, confiando que te ayudará Dios para ello. Y pues que, para ser tú perdonado, no es menester que Cristo trabaje de nuevo, ni muera por ti, ni padezca poco ni mucho, ¿por qué piensas que ha de querer que, pues está hecha la costa de su convite, falten convidados para le comer? No es así, cierto, ni es de su voluntad que el pecador muera, mas que

se convierta y viva (Ez., 33, 11): y porque así se hiciese, Él perdió su vida en la cruz.

Y no pienses que, lo que has menester hacer para gozar de su redención, es alguna cosa imposible, o tan dificultosa que desesperes de salir con ella, según eres flaco; un gemido de corazón que a Dios des con dolor por haber ofendido a tal Padre, y con intención de la enmienda; manifiesta tus pecados a un sacerdote que te pueda absolver, y oirán (1) aun tus orejas de carne, para mayor consolación tuya, la sentencia de tu proceso, por la cual te digan: *Yo te absuelvo de toños tus peccados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espiritu Santo.*

Y si aun te parece que tu dolor no es tan cabal como había de ser, y por esto desmayas, no te fatigues; porque es tanta la gana que el Señor tiene de tu salvación, que suple Él nuestras faltas con el privilegio que dió a su Sacramento, para hacer del atrito contrito (2). Y si te parece que aun para hacer esto poco no eres, dígo te que no presumas de lo hacer tú a solas, mas llama al celestial Padre, y pídele que, por Jesucristo su Hijo, te ayude a dolerte de la vida pasada, y a proponer la enmienda de lo por venir, y a bien confesarte, y, finalmente, para todo lo que has menester. Y Él es tal, que no hay por qué esperar de sus manos sino toda blandura y socorro, pues el mismo que da el perdón inspira la disposición para ello.

Y si con todo esto no sientes consuelo, aunque oíste la sentencia de tu absolución, no te desmayes, ni dejes lo comenzado: que si en una confesión no sentiste consuelo, en otra o en otras lo sentirás, y se cumplirá en ti lo que dijo David penitente (Ps., 50): *A mi oído darás gozo y alegría, y gozarse han mis huesos humillados.* Cierto, así pasa, que las palabras de la absolución sacramental, ya que no den a un hombre tanta certidumbre del perdón, que tenga de ello fe ni evidencia, mas danle tal reposo y consuelo, con que se pueden alegrar *las fuerzas* de su áni-

(1) Seguimos la edición de 1595.

(2) *Del atrito, contrito.* La atrición, junto con el acramento de la penitencia, perdona el pecado e infunde la gracia; y así equivale a la contrición.

ma, que por el pecado estaban *humilladas* y quebrantadas.

No cesé el hombre de buscar el perdón; que si en la demanda porfía, *el Padre* de las misericordias *saldrá al encuentro a su hijo pródigo*, y se lo dará y le vestirá con celestial ropa de gracia, y *se holgará de ver ganado a su hijo* por la penitencia, *que estaba perdido* por el pecado (Lc., 15, 20). Y no sea a nadie increíble que Dios usa con los pecadores leyes de tanta blandura y dulzura, sacadas de su bondad y verdaderísimo amor, pues que usó con su Hijo leyes de tanto rigor, que queriéndolo tanto como a sí mismo, y siendo quien es, y pagando por pecados ajenos, no le hizo suelta de un solo pecado, de que su justicia quedase por satisfacer. Y por esto, como un león, aunque bravo, si está bien harto y contento, no hace daño a los animales; que si hambriento estuviera, se los tragara; así la divina Justicia, con el satisfecho (3) que tiene en Jesucristo, Cordero divino, no hace mal a los que ve llegarse a Él para incorporarse en su cuerpo, ni impide a la misericordia para que haga en ellos según su costumbre. Y de aquí viene, que en lugar de airado Juez, nos sea Dios piadoso Padre.

CAPITULO 21

En que se prosigue la grandeza de la misericordia de Dios, que usa con los que le piden perdón de corazón. Es una consideración bastante para vencer toda desesperación.

Peligrosa ponzoña bebe quien hace pecado; feísima y terrible faz tiene para espantar a quien de verdad lo conoce, y muy bastante para desmayar a cualquier hombre, por fuerte que sea, si se para a considerar con vivo sentido lo que ha hecho, y contra quién lo ha hecho, y las promesas del bien que ha perdido, y amenazas del mal que están sobre su cabeza. Mirando las cuales cosas David, aunque hombre, esforzado, dice (Ps., 39, 13): *Mi corazón se me ha desmayado*. Mas este mal tan grande no lo deja Dios

(3) *El satisfecho*: la satisfacción, hartura.

sin remedio, según hemos dicho. Y porque tome este remedio la persona que lo hubiere menester, manifestaré algo de las grandezas de la misericordia de Dios, de que usa con los pecadores que le piden perdón.

El demonio hará de las tuyas, y asombraros ha, según hemos dicho, con la muchedumbre y grandeza de vuestros pecados. No le respondáis vos, mas volveos a Dios y decidle (*Ps.*, 24, 11): *Por tu nombre, Señor, me perdonarás mi maldad, porque mucha es.* Y si Dios os da a sentir el misterio de aquestas palabras, cierto, estaríades bien lejos de desesperar, por mucho que hayáis pecado. ¿Visteis nunca, u oísteis tribunal de juez donde siendo uno acusado de muchos y grandes pecados, con intención de que sea condenado y castigado según él merece, él mismo confiese sus culpas, y conceda su acusación, y tome por medio para que le absuelvan, la confesión de aquello que el acusador mucho exageraba, y en que estribaba para lo condenar? Dice el culpado al juez: *Señor, yo concedo y confieso que he pecado mucho, mas vos me perdonaréis por la honra de vuestro nombre;* y sale con ello por parte de Dios, y por parte de sí.

El Señor Dios tiene justicia y misericordia; y cuando mira nuestras culpas con su justicia, provócanle a ira; y mientras más pecados tenemos, a mayor castigo le provocamos. Mas cuando mira nuestros pecados con misericordia, no le mueven a ira, sino a compasión; porque no los mira como a ofensa suya, sino como a mal maestro; y como ningún mal nos puede venir que tanto daño nos haga como el pecar, ninguno es materia de misericordia tan a lo propio, como la culpa, mirándola según he dicho. Y cuanto más hemos pecado, tanto más nos hemos hecho más mal, y tanto más se provoca a misericordia el corazón que la tiene y quiere usar de ella, como lo es el corazón del Señor *misericordioso y hacedor de misericordias.*

Ahora sabed, que en una de dos maneras se han los hombres que mucho han pecado.—Unos, *desesperados* de remedio, como Caín, vuelven las espaldas a Dios y *entreganse*, como dice San Pablo (*Ephes.*, 4, 19), *a toda suciedad* y pecado, y endurecéseles cada día más su corazón para todo bien, hasta que, cuando vienen al profundo de los pecados, no se les da nada de ellos, gloriándose en su malicia, y tanto más dignos de ser llorados cuanto ellos menos se lloran. Lo que a éstos

acaecerá es lo que la Escritura dice (*Eccli.*, 3, 27): *Al corazón duro, mal le irá en sus postrimerias.* ¡Y ay de aquel que este mal ha de probar, que muy mejor le fuera no haber nacido!—Otros hay, que habiendo hecho muchos pecados, tornan sobre sí con el socorro de Dios, e hiriendo su corazón con dolor, y llenos de confusión y vergüenza, humillanse delante de la misericordia de Dios, tanto con mayor humildad y gemido, cuanto han sido sus pecados más y mayores. Y como Dios *tenga sus ojos puestos en el corazón contrito y humillado* (*Ps.*, 50, 19), y *dé su gracia a los tales humildes* (*Jac.*, 4, 6), da mayor gracia a los más humildes. Y la ocasión de ello fué haber pecado muchos pecados, los cuales ellos confiesan y gimen; mas no desesperan, y alegan delante la misericordia de Dios, que pues su miseria y daño es muy grande, sea con ellos la misericordia de Él copiosa y muy grande. Y así decía David: *Ten, Señor, misericordia de mí según tu gran misericordia.* Y como Dios, según hemos dicho, mira con ojos de misericordia al pecador contrito y humillado, da aquí mayor perdón y mayor gracia, que donde no hay tantos pecados ni tanta humildad; cumpliéndose lo que dijo San Pablo (*Rom.*, 5), que *donde el pecado abundó, la gracia sobrepujó*; y resulta la mayor caída del hombre en mayor alabanza de Dios, pues le da mayor perdón y más gracia.

¿Quién, pues, habrá que esto entienda, que se desespere por tener muchas deudas, pues que ve que la liberalidad y merced del Señor es manifestada y más glorificada en dar mayor suelta, y que toma Dios por honra de su nombre el perdonar, y perdonar mucho? Antes, conociendo que es cosa justa que el Señor y su nombre sean glorificados, diremos, no con desesperación, mas muy confiados (*Ps.*, 24): *Por tu nombre, Señor, me perdonarás mi pecado, porque es mucho.* Y la gloria que de aquí Dios saca, no nace de nuestro pecado, pues que de sí mismo es desprecio y desacato de Dios; mas procede de la omnipotente bondad divina, que saca bien de los males, y hace que le sirvan sus enemigos con dar materia para que sus amigos le alaben.

Acordaos, que estando el pueblo de Dios, cuando de Egipto salió, en muy grande aprieto, y que esperaban la muerte de mano de los enemigos que tras ellos

venían, díjoles Moisés (*Ex.*, 14, 13): *No temáis, porque estos gitanos perecerán, y nunca más los veréis.* Y como la mar ahogase a los gitanos y los echase a la orilla, paráronselos a mirar los hijos de Israel; y aunque los vieron, viéronlos muertos, y tan sin temor de mirarlos, como si nunca más los miraran; y tomaron ocasión de dar gloria a quien los mató, y dijeron (*Ex.*, 15, 1): *Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido: que al caballo y al caballero ahogádoslos ha en el mar.* Todo lo cual es figura de aquel aprieto en que nuestros pecados nos ponen, representándonos como enemigos muy fuertes que nos quieren matar y tragar; mas la divina palabra, llena de toda buena esperanza, nos esfuerza diciendo que no desesperemos ni torneemos atrás a los vicios de Egipto, mas que siguiendo el propósito bueno, con que comenzamos el camino de Dios, estemos en pie confortados con su socorro, para que veamos sus maravillas; las cuales son, que en la mar de su misericordia, y en la sangre bermeja de Jesucristo su Hijo, son ahogados nuestros pecados; y también el demonio que caballero en ellos venía, para que ni él ni ellos nos puedan dañar; antes acordándonos de ellos, aunque nos duelan como es razón, nos den ocasión que demos gracias y gloria al Señor Dios nuestro por habernos sido piadoso Padre en nos perdonar, y sapientísimo en sacar bienes de nuestros males, matando de verdad el pecado que nos mataba. Y lo que queda vivo de él que es la memoria de lo haber cometido, hace que sirva para que sus escogidos sean más aprovechados que antes, y ensalzadores de la honra de Dios.

CAPITULO 22

Donde se prosigue el tratar de la misericordia que el Señor usa con nosotros, venciendo su Majestad nuestros enemigos por admirable manera.

Esta admirable hazaña de Dios, que saca triaca de la ponzoña contra la misma ponzoña, sacando del pecado la destrucción del mismo pecado, nace y tiene semejanza de otra hazaña que el Altísimo hizo, no menor, sino mayor que ésta y que todas; la cual fué la obra de su Encarnación y Pasión. En la cual no

quiso Dios pelear con sus enemigos con armas de la grandeza de su Majestad, mas tomando las armas de nuestra bajeza, vistiéndose de carne humana, que aunque limpia de todo pecado, fué *semejable a carne de pecado* (Rom., 8, 3), pues fué sujeta a penas y muerte, lo cual el pecado metió en el mundo. Y con estas penas y muerte, que sin deberlas tomó, venció y destruyó nuestros pecados; destruídos los cuales, se destruyen penas y muerte, que entraron por ellos; como si uno pegase fuego a un tronco de un árbol con los mismos ramos del árbol, y así quemase el tronco y los ramos. ¡Cuán engrandecida, Señor, es tu gloria! Y ¡con cuánta razón te debemos cantar y alabar, mejor que al otro David, pues sales al campo contra Goliath que ponía en aprieto al pueblo de Dios, sin haber quien lo pudiese vencer, ni aun osase entrar en campo con él! (1 Reg., 17.) Mas tú, Señor, Rey nuestro y honra nuestra, disimulando las armas de tu omnipotencia y vida divina, que en cuanto Dios tienes, peleaste con él; tomando en tus manos el báculo de tu cruz, y en tu santísimo cuerpo cinco piedras, que son cinco llagas, lo venciste y lo mataste. Y aunque fueron cinco las piedras, sola una bastaba para la victoria; porque aunque menos pasaras de lo que pasaste, había merecimientos en Ti para nos redimir. Mas Tú, Señor, quisiste que *tu redención* fuese *copiosa* y que sobrara, para que así fuesen confortados los flacos y encendidos los tibios, con ver el excesivo amor con que padeciste y mataste nuestros pecados; figurados en Goliath, al cual mató David, no con espada propia que él llevase, mas con la misma que el gigante tenía; por lo cual la victoria fué más gloriosa, y el enemigo más deshonorado. Mucha honra ganara el Señor si, con sus propias armas de vida y omnipotencia divina, peleara con nuestros pecados y muerte, y los deshiciera; mas mucha más ganó en vencerlos sin sacar Él su espada, antes tomando la misma espada y efecto *del pecado*, que son penas y muerte, *condenó al pecado en la carne* (Rom., 8, 3) ofreciendo Él su carne para que fuese penada y tratada como si fuera carne de pecador, siendo carne de justo y de Dios, para que por esta vía, como dice San Pablo, *la justificación de la Ley se cumpliera en nosotros, que no andamos según la carne, mas según el espíritu.*

Y pues la justificación de la Ley se cumple en nosotros, por andar según el espíritu, claro es que estas tales obras con que se cumple la Ley son cuales ella las pide, y con las cuales ella se satisface. Y así consta haber falsamente hablado quien dijo que «todas las obras que hacía un justo eran pecado» (1). Cristo venció perfectamente al pecado, mereciéndonos perdón para los hechos, y fuerza para no los hacer. Y así libró nuestra ánima de la Ley del pecado, pues no le tenemos ya por señor. Y libréndonos del daño de las penas, pues que, dándonos gracia para sufrirlas, satisfacemos con ellas la pena que en purgatorio debemos, y ganamos en el cielo coronas. Y también nos libró de la Ley de la muerte; porque aunque hayamos de pasar por ella, no hemos de permanecer en ella, mas como quien se echa a dormir, y después recuerda, nos ha el Señor de resucitar para vivir una vida que nunca más muera, y tan bienaventurada que reformará el cuerpo de nuestra bajeza, y lo hará conforme al cuerpo de su claridad (Phil., 3, 21). Y entonces, alegres y asegurados del todo, despreciando nuestros enemigos y triunfando, diremos (1 Cor., 15, 55): Muerte, ¿qué es de tu victoria? Muerte, ¿qué es de tu aguijón? El cual es el pecado, en quien la muerte tiene su fuerza para herir, como la abeja en su aguijón, pues por el pecado entró la muerte en el mundo (Rom., 5, 12). El un enemigo y el otro, que solían enseñorearse y herir a las gentes, ahogados quedan en la sangre bendita de Jesucristo, y muertos con su muerte preciosa. Y en lugar de ellos, sucede sempiterna justicia con que el ánima aquí es justificada, y después sucede vista de Dios, faz a faz en el cielo, y vida bienaventurada en cuerpo y ánima para siempre.

¿Qué diremos a estas cosas, doncella, sino lo que nos enseña San Pablo diciendo (1 Cor., 15, 57): ¡Gracias a Dios que nos dió victoria por Jesucristo! Al cual adorad, y con corazón amoroso y agradecido decidle: Toda la tierra te adore, y te cante, y diga cantar a tu nombre (Ps. 65, 4). Y decidlo muchas veces

(1) Tal es el error de Lutero, que desconoció el efecto santificador producido en el alma por la gracia que Jesucristo nos mereció con su sangre.

al día, y en especial cuando en el altar es alzado su sacratísimo Cuerpo por manos del sacerdote.

CAPITULO 23

Del grande mal que hace en el ánima la desesperación; y cómo conviene vencer este enemigo con espiritual alegría, y diligencia y fervor en el servicio de Dios.

Es la desesperación y caimiento del corazón tiro tan peligroso de nuestro enemigo, que cuando yo me acuerdo de los muchos daños que por ella han venido a conciencias de muchos, deseo hablar algo más en el remedio de aqueste mal, si por ventura resultare algún provecho.

Acaece así (1), que hay personas que andan cargadas con muchedumbre de grandes pecados, y ni saben qué es desesperación, ni aun un poco de temor, ni les pasa por pensamiento, sino andan asegurados con una falsa esperanza y presunción loca, ofendiendo a Dios y no temiendo castigo. Y si la misericordia de Dios luce en sus ánimas, y comienzan a ver la grandeza de sus males, siendo razón, que pues piden a Dios misericordia con deseo de enmienda, v reciben el beneficio y consuelo de los Sacramentos, con esto estuviesen esforzados para contra lo pasado, y para lo que en el camino de Dios se les pudiese ofrecer; tienen extremo de demasiado temor, como antes lo tenían de falsa seguridad; no entendiendo que los que a Dios ofenden y no se arrepienten, tienen por qué temer y temblar, aunque todo el mundo les favorezca, pues tienen provocada contra sí la ira del Omnipotente, al cual no hay quien resista; y que los que se humillan a Dios y reciben sus santos Sacramentos y quieren hacer su voluntad, deben tener, como dicen, un ánimo de león, pues les está mandado que con estas prendas confíen que Dios es con ellos. Al cual, como lo tienen por enemigo de malos, y por haberlo ellos sido, por eso temen, es mucha razón que lo tengan por amigo de buenos, y que por aquella buena voluntad que

(1) Véase el Trat. 16 del Santísimo Sacramento.

les ha dado, pueden confiar que lo es de ellos y lo será, acrecentando el bien que Él mismo plantó, y perfeccionando lo que comenzó. Ciertamente, es así, que en diciendo un hombre de verdad lo que decía David (Ps., 118, 48): *Alcé mis manos para obrar tus mandamientos, que yo amé*, pone Dios sus ojos y corazón donde el hombre pone sus manos, para favorecer al tal hombre; y como quien es bueno por infinita bondad, acoge debajo su amparo y de su bando al que quiere pelear por su honra, haciendo guerra a sí mismo por dar contentamiento a Dios.

Y aunque es verdad que cuando el hombre comienza a servir a Dios con llamamiento particular suyo, que le incite a—despreciadas todas las cosas—buscar *la margarita* del Evangelio (Mt., 13, 45) con perfección de vida espiritual, se levantan contra el tal hombre tales asechanzas y guerras de los demonios por sí y por medio de malos hombres, y le ponen en tal aprieto, que al primer paso que se levanta de tierra, y pone el pie en la primera de las quince gradas para subir a la perfección, es constreñido a decir (Ps., 119, 1): *Como fuese atribulado, llamé al Señor y oyóme: Señor, libra mi ánima de los labios malos y lengua engañosa. Labios malos* son los que abiertamente impiden el bien, y *lengua engañosa* la que solapadamente quiere engañar. Y algunas veces se ofrecen, o lo parece, tan grandes impedimentos para salir con lo comenzado, que son semejables a aquellos grandes gigantes que decían los hijos de Israel (Núm., 13, 34): *Comparados nosotros a ellos, somos como unas pequeñas langostas. Y parecen los muros de la ciudad que hemos de combatir, llegar con su alteza a los cielos, y que la tierra que allí hay traga a sus moradores.* Mas con todo esto debéis mirar, y miremos todos con ojos abiertos, cuánto desagradó a Dios el desmayo y desesperación que los hijos de Israel tuvieron con estas cosas ya dichas; pues que los pecados que en el desierto habían hecho, aunque eran muchos y grandes, y uno de ellos fué adorar por Dios al becerro, que parece no poder más crecer la maldad; todo esto les sufrió Dios, y les dió su favor para proseguir la empresa comenzada, y no les sufrió la desconfianza y desesperación que de su misericordia y poder tuvieron, y les juró en su enojo, como dice David (Ps. 94, 11), *que no entrarían en su holganza:*